

Cristianismo e Islam en retrospectiva*

Christianity and Islam in hindsight

Recibido: Septiembre 08 de 2016 - Evaluado: Noviembre 21 de 2016 - Aceptado: Diciembre 05 de 2016

Jaime Buenahora Febres**

Para citar este artículo / To cite this article

Buenahora Febres, J. (2017). Cristianismo e islam en retrospectiva. Revista Academia & Derecho, 8 (14), 315-334.

Resumen

El Segundo Milenio otorgó a los europeos y sus descendientes la supremacía militar, política y económica sobre el resto del mundo, generándose un desequilibrio sin precedentes. Paradójicamente, estos pueblos dominantes, todos cristianos, se apartaron todavía más de sus valores espirituales. Esta evolución particular, acelerada durante los dos últimos siglos por los asombrosos inventos tecnológicos, tuvo un impacto enorme para el mundo entero pero particularmente

* Artículo inédito. Artículo de investigación e innovación. Artículo de reflexión. Producto resultado del proyecto de investigación independiente del autor.

** Abogado-economista de la Universidad Javeriana, Magister en Sociología del Derecho y en Ciencias Políticas de la Universidad de La Sorbonne, París. Es actualmente investigador y profesor del MAS en Diplomacia y Relaciones Internacionales de Fairleigh Dickinson University en Nueva Jersey, Estados Unidos de América. Autor de varios libros entre los que destacan 'La Democracia en Colombia' y 'El Proceso Constituyente'. En el sector público se ha destacado como Representante a la Cámara, Vice Ministro del Interior, Magistrado del Consejo Superior de la Judicatura, Presidente del Partido de Unidad Nacional, U, y Cónsul General de Colombia en Nueva York. Es actualmente Representante a la Cámara por la Circunscripción Internacional. Correo electrónico: jaime.bue@hotmail.com, jaimeb@fdu.edu.

en el Oriente Medio, donde el petróleo se constituyó simultáneamente en un tesoro y una tragedia. Desde una perspectiva global, ahora que asistimos al radicalismo islámico con base en grupos extremistas, como Al-Qaeda y el Estado Islámico, bien vale la pena hacer una retrospectiva del Cristianismo y el Islam para mejor entender qué nos une y qué nos separa.

Palabras clave: Cristianismo, Islam, Segundo Milenio, Cruzadas, Imperio Otomano, Petróleo, Potencias Europeas, Tratado de Versalles, Israel, Palestina.

Abstract

Through the Second Millennium, the Europeans became the most powerful people of the world in political, economic and military terms, creating a tremendous disequilibrium in progress opportunities. Paradoxically, these Europeans got further apart from their spiritual values. This evolution, accelerated in the last centuries by the amazing technological inventions, had an enormous impact in the Middle East, where oil has simultaneously been a jewel and a tragedy. The western world witnesses today the advance of the Islamic extremism, represented by groups like Al-Qaeda and the Islamic State. It is worthy to analyze in retrospective the impact of the Second Millennium in Christianity and Islam to better understand the similarities and differences between these two civilizations.

Keywords: Christianity, Islam, Second Millennium, Crusades, Ottoman Empire, Oil, European Powers, Versailles Treaty, Israel, Palestine

Resumo

O Segundo Milênio deu aos europeus e seus descendentes a supremacia militar, política e econômica do resto do mundo, criando um desequilíbrio sem precedentes. Paradoxalmente, esses povos dominantes, todos os cristãos, se afastaram de seus valores espirituais. Este desenvolvimento particular, acelerado nos últimos dois séculos pelas invenções tecnológicas surpreendentes, teve um enorme impacto para o mundo inteiro, mas particularmente no Oriente Médio, onde o petróleo era simultaneamente um tesouro e uma tragédia. De uma perspectiva global, agora que estamos testemunhando o radicalismo islâmico baseado em grupos extremistas como a Al-Qaeda e o Estado islâmico, vale a pena levar uma retrospectiva do cristianismo e do islamismo para entender melhor o que nos une e o que nos separa.

Palavras chave: Cristianismo, Islão, segundo milênio, cruzadas, império otomano, petróleo, potencias europeias, tratado de Versalhes, Israel, Palestina.

Résumé

Le deuxième millénaire a donné aux Européens et à leurs descendants la suprématie militaire, politique et économique du reste du monde, créant ainsi un déséquilibre sans précédent. Paradoxalement, ces peuples dominants, tous chrétiens, se sont éloignés de leurs valeurs spirituelles. Ce développement particulier, accéléré au cours des deux derniers siècles par les inventions technologiques étonnantes, a eu un impact énorme pour le monde entier, mais particulièrement au Moyen-Orient, où le pétrole était simultanément un trésor et une tragédie. D'un point de vue global, maintenant que nous assistons au radicalisme islamique basé sur des groupes extrémistes tels que Al-Qaïda et l'Etat islamique, il vaut la peine d'avoir une rétrospective du christianisme et de l'islam pour mieux comprendre ce qui nous unit et ce qui nous sépare.

Mots-clés: Christianisme, Islam, deuxième Millénaire, croisade, empire ottoman, fioul, puissances européennes, traité de Versailles, Israël, Palestine.

SUMARIO: Introducción. - 1. El Judaísmo, el Cristianismo y el Islam antes de Manzikert. - 2. Las cruzadas, una agresión latina contra el Islam. - 3. El imperio Otomano, la superpotencia islámica. - 4. América y la transformación del viejo mundo. - 5. Las potencias europeas y el imperio otomano (1650-1900). - 6. La partición de África y los efectos en el Medio Oriente. - 7. El tratado de Versalles y el Medio Oriente.. - Conclusiones. - Referencias.

Introducción

Durante el Segundo Milenio, los europeos y sus descendientes llegaron a ser los pueblos más poderosos del mundo en lo militar y lo económico, creando un desequilibrio enorme frente a las oportunidades de otros pueblos. Paradójicamente, esos pueblos dominantes, espiritualmente cristianos, se apartaron todavía más de sus valores, toda vez que han orientado el capitalismo, el consumismo y la globalización, formas de acelerada acumulación de riqueza. Esta tendencia, que se reforzó durante los tres últimos siglos por la Revolución Industrial y los asombrosos inventos tecnológicos, tuvo un impacto devastador en el Oriente Medio, toda vez que el petróleo se ha convertido simultáneamente en joya y tragedia. En la actualidad, occidente observa con preocupación el avance del islamismo radical, que se expresa en extremismos como los de Al-Qaeda y el Estado Islámico.

¿Qué ha ocurrido realmente? El propósito de este ensayo es examinar en retrospectiva el impacto que el Segundo Milenio tuvo sobre el desarrollo del Cristianismo y el Islam para mejor comprender qué nos une y qué nos separa.

En los albores del Segundo Milenio, la victoria de los turcos sobre los romanos de Oriente en Manzikert llevó a la contracción del territorio de la cristiandad ortodoxa representada por Bizancio. El mundo musulmán tomó la vanguardia durante un tiempo. Las dos civilizaciones, la Cristiandad y el Islam, con sus raíces comunes en el monoteísmo eran vecinas geográficamente. Entonces vinieron las Cruzadas las cuales, detrás de su fachada religiosa, mostraron señales evidentes de un naciente imperialismo europeo pese a que terminaron en un fracaso militar para Occidente. Hasta ese momento había un mundo en equilibrio aparente, especialmente considerando la China, India y Japón en Asia, los imperios de los Incas y los Aztecas en la América precolombina, y muchos pueblos africanos. El poder parecía repartido sobre la Tierra sin mayor desequilibrio. En 1453 se produce un nuevo avance del Islam, representado por los turcos y su toma de Constantinopla, con lo cual se abrieron las puertas para otra conquista a través de los Balcanes. Al parecer, el poder oscila obedeciendo la ley del péndulo. Sin embargo, estos desenlaces políticos y económicos serían menos significativos que aquellos emanados de la Conquista y la Colonización de las Américas, especialmente en términos económicos, dado el cambio radical acaecido como consecuencia del desarrollo del primer comercio interoceánico, denominado mercantilismo.

Es a partir de ese período, y del desarrollo gradual, que Europa crece como potencia militar, tecnológica e industrial, y crece también en arrogancia, alimentando un sentido de superioridad racial. En poco tiempo, Europa se convirtió en un continente colonizador dispuesto a someter a la explotación a millones de pueblos indígenas sin ningún límite ético o moral, violando todos los principios del mismo cristianismo. La conquista de América se vio signada por la expoliación, la humillación, la destrucción y la muerte. La espada y el Evangelio se fundieron para cristalizar los propósitos de la ambición y la codicia. En pocas palabras, Europa había conquistado el mundo. ¿Pero a qué costo para la humanidad? El Holocausto se ensañó con dos objetivos: los pueblos indígenas de las Américas, quienes fueron testigos de la destrucción de sus culturas, y los pueblos de África, con el azote de la esclavitud marcado en sus espaldas. La supuesta superioridad de la raza europea, apoyada en las armas, ayuda a comprender el extremismo de las pasiones humanas.

Los siglos que se sucederían traerían el fortalecimiento de esa cultura de dominación, colonización y explotación. La expansión europea continuó, imprimiendo una fragilidad extrema al equilibrio del poder en el mundo. El mercantilismo económico se transformó para dar paso, primero en Inglaterra, a la industrialización y al comercio internacional bajo el evangelio del libre comercio. Otros europeos imitaron el ejemplo de los británicos. Entre 1870 y 1910, las

potencias europeas se aprestaron para más expoliación, repartiendo la totalidad del continente africano con la excepción de Etiopía. Es otro período de violencia, destrucción, humillación y muerte cuyas secuelas se mantienen todavía. ¿Dónde quedaban los valores cristianos? ¿Dónde estaban los líderes de la cristiandad? El silencio es la otra cara de la complicidad.

Claro está que también hubo muchas contradicciones en la zona islámica cuyo poder principal era Turquía. Hubo incontables abusos, humillaciones, saqueo y explotación durante siglos. La dominación constante se mantiene con las armas. En efecto, el expansionismo islámico había conquistado el norte de África e ingresado a la península ibérica mucho antes del inicio del Segundo Milenio. Fue en 732 en Poitiers, Francia, cuando Carlos Martel impidió que los árabes conquistaran Europa.

Pero volviendo al punto de partida en lo que tiene que ver con Occidente, el Imperio Otomano fue durante siglos un muro de contención contra los intentos expansionistas de los imperialistas occidentales. El debilitamiento del Imperio Otomano con su caída cual enfermo en prolongada agonía, se materializa al final de la Primera Guerra Mundial. Una vez firmado el Tratado de Versalles queda sellado el futuro del Medio Oriente sin la participación de sus pueblos y con el petróleo como botín principal de las nuevas potencias. Los vencedores de la Primera Guerra Mundial crearon un nuevo mapa político en Oriente Medio. La ambición y la codicia de Europa se complementaron con el crecimiento impresionante del poderío de los Estados Unidos en la escena internacional durante el siglo veinte. Todo esto explica muchos de los problemas y de las situaciones actuales.

Dejando de lado el tema de lo étnico y mirando el tema religioso, la pregunta es válida: siendo el cristianismo tan grande en valores de principios, ¿cómo se explica que los europeos hayan podido crear tanto infortunio? No hay espacio para la duda puesto que sus expresiones económicas y políticas han estado muy por encima de lo predicado por Abraham, Jesús y Mahoma.

1. El Judaísmo, el Cristianismo y el Islam antes de Manzikert

Para los judíos, lo mismo que para los cristianos y musulmanes, Jerusalén es una ciudad sagrada. Para los judíos, porque una vez consolidada la conquista de Canaan por el Rey David, se convirtió en el epicentro del estado de Israel. El Templo de Salomón, donde se alojaba el Arca de la Alianza, queda allí. Para los cristianos, Judea es la tierra donde nació y creció Jesús, de manera que Jerusalén es uno de sus lugares sagrados. Y asimismo, los musulmanes la consideran su

tercera ciudad sagrada después de la Meca y Medina. En 638, el Califa Omar conquistó Jerusalén pero, aún bajo el dominio musulmán, judíos y cristianos pudieron convivir en paz al recibir el *dhimmis*, el cual les confería condición de protegidos en razón de su monoteísmo.

Sin embargo, la paz es un bien bastante precario que se puede perder como agua entre los dedos. Cuando se desarrollan las diferencias étnicas y religiosas, la coexistencia pacífica de pueblos diferentes en un mismo lugar es posible solamente cuando los vencidos aceptan las condiciones de los vencedores, menos caracterizados estos por la ventaja moderada y la tolerancia que por formas horribles de humillación y explotación.

De las tres religiones, solamente el judaísmo no busca un expansionismo territorial con base en la tarea asignada de convertir a su fe a los pueblos vecinos. Al contrario, ha adoptado la postura del cierre étnico basado en su condición de pueblo elegido de Yahvé. A manera de contraste, tanto el islam como el cristianismo se han expandido como religiones continentales, cumpliendo con la misión de acoger a todos los pueblos. Claro que este argumento tiene su cariz de sofistería, porque para convertir generalmente se necesita apoyo militar, lo cual se traduce en dominio político. Mucho antes del Segundo Milenio, cristianos y musulmanes nutrieron su visión de la fe universal y expandieron su presencia apoyados por expediciones militares, condicionando a pueblos diferentes y creando las condiciones propicias para la rivalidad y la diferenciación entre las civilizaciones. Más allá de sus principios y valores comunes, el cristianismo y el islam evolucionaron como religiones opuestas.

El poder, sin importar cómo se manifieste, está siempre en peligro de perderse o verse socavado como consecuencia de las divisiones. Al final del Primer Milenio, el islam había sufrido serios conflictos internos, los cuales dieron paso, en particular, a la división entre sunitas y chiítas. Y en el seno del cristianismo, las voces del disenso siempre habían sufrido persecución. Así, cuando se produjo la batalla de Manzikert en 1071, ya había corrido mucha agua debajo del puente a nombre de la religión. Manzikert, una batalla poco conocida en Occidente, es algo así como una venganza contra Poitiers puesto que abre un camino hacia la expansión del islam a través del pueblo turco.

El péndulo ha oscilado de nuevo. En efecto, con el sultán Alp-Arslan a la cabeza, los turcos selyúcidas vencieron al emperador bizantino Romano IV Diógenes. Según C. Catherwood, “... *este acontecimiento demostró la incapacidad de los cristianos de Occidente de apoyar al islam contra Bizancio y marcó el comienzo de la conquista de Anatolia por los turcos*” (CATHERWOOD, 2006, p. 91). En nuestra opinión, hubo poco compromiso de Occidente porque habían pasado

solamente veinte años desde la división del cristianismo entre la iglesia ortodoxa y la iglesia romana. La verdad es que la victoria musulmana sobre los romanos de Oriente en Manzikert significó la contracción territorial del cristianismo ortodoxo representado por Bizancio. Los diferentes ejércitos y las entidades que representan al cristianismo y al islam, teniendo raíces comunes en el monoteísmo y, más particularmente en el judaísmo, han sido desde entonces rivales que habitan en la misma vecindad geográfica y que han compartido fronteras extensas desde siglos atrás.

2. Las cruzadas, una agresión latina contra el Islam

Es cierto que las Cruzadas tuvieron una motivación de carácter religioso, pero también es cierto que durante su evolución surgieron intereses económicos y políticos, constituyéndose en la primera etapa de la cultura imperialista que caracterizaría a los europeos y sus descendientes durante el Segundo Milenio, especialmente después del siglo dieciséis.

Las Cruzadas fueron una brutalidad cristiana, una agresión contra el mundo islámico, y las heridas permanecen todavía. Este ataque violento del Imperio Latino, notoriamente religioso e imperialista, tomó al mundo musulmán por sorpresa en medio de una tremenda fragmentación política que obstruyó la preparación para la resistencia. Había quedado atrás la época de las conquistas árabes y la actividad militar de los árabes se limitaba a la defensa, mientras que los turcos continuaban construyendo su supremacía militar dentro del imperio musulmán antes de la gran arremetida del mundo cristiano.

Fue el Papa Urbano II quien lanzara el grito de “Es la Voluntad de Dios” para miles de entusiastas que creían en la idea de recuperar los lugares sagrados, presentando a la vez una imagen distorsionada del mundo islámico. Se apoyó en un personaje clave carismático y gran predicador, Pedro “El Ermitaño” cuyo fanatismo convenció a miles en Francia y generó muchas desgracias desde el comienzo, puesto que centenares de judíos fueron masacrados casi inmediatamente después en las aldeas alemanas. Se decía que quienes tomaran la Cruz recibirían la absolución de sus pecados. Los primeros contingentes cristianos de Francia y Alemania se pusieron en marcha en la primavera de 1096. En tan sólo unos meses, el número superó los 100.000 hombres dispuestos a librar la batalla final para establecer el “Reino de Dios” en la tierra. Desde entonces, las relaciones entre el islam y la cristiandad se han caracterizado por profunda animosidad y enemistad permanente. El asedio de Nicea y la batalla por Antioquía, lo mismo que la masacre espantosa perpetrada en Jerusalén en 1099, cuando los cruzados, empujados por su fanatismo religioso, desataron una ola de crueldad unholy,

asesinando a miles de musulmanes, todo ello en nombre del cristianismo, son episodios que jamás se olvidaron. Jerusalén fue capturada y fue cristiana durante 88 años hasta que el poderoso sultán Saladino, apoderándose del argumento de los crímenes de los primeros cruzados, recapturó la ciudad sagrada (ASBRIDGE, 2004, pp. 153-319).

El éxito de la Primera Cruzada produjo otros efectos. Pareció confirmar el apoyo divino a la noción de la “violencia santa”. En todos los rincones de la Europa occidental se justificó la empresa de los cruzados. Las aldeas francas establecidas en Oriente debían consolidarse y defenderse, lo cual les dio a varios Papas y reyes la excusa para armar nuevas Cruzadas. También se le dio nueva forma a la práctica de la guerra en términos ideológicos y tecnológicos. El adoctrinamiento de las masas se basó en el fanatismo religioso. A los latinos se los indujo a creer que los musulmanes eran salvajes subhumanos, enemigos naturales. La sed de sangre y la codicia se anidaban en el espíritu de los cruzados.

La posición de intolerancia extrema liderada por los Papas se sintió también en Europa, donde se lanzaron otras cruzadas contra cristianos creyentes que preconizaron variables a la fe dogmática, como fue el caso de los albigenses o cátaros.

Después de la reconquista de Jerusalén por Saladino en 1187, la cristiandad reaccionó con fuerza y sus líderes organizaron la Tercera Cruzada. Aunque no desaparecería la motivación religiosa, la Cuarta Cruzada se fue una absoluta vergüenza para la cristiandad porque en ella salieron a flote las más bajas pasiones de los europeos empujados por el odio y la sed de destrucción, revelando una ausencia total de valores espirituales. En 1204, los cruzados volvieron sus armas contra Constantinopla, el corazón del cristianismo bizantino y la ciudad más sofisticada del mundo conocido. En su barbarie, los Cruzados asesinaron a miles, robaron tesoros, e incendiaron la ciudad. No fue una cruzada contra los musulmanes, tampoco una cruzada para recuperar a Jerusalén, sino una cruzada contra sus propios hermanos, los cristianos ortodoxos. Hasta la fecha, esta brutalidad occidental ha mantenido viva una profunda hostilidad en la Iglesia Ortodoxa griega contra la Iglesia Católica (PHILLIPS, 2005, pp. 162-280).

Esta cruzada ignominiosa llevó al Papa Inocencio a organizar otra, la cual abrió canales diplomáticos y le permitió a Federico II coronarse como rey de Jerusalén. Fue por ese entonces que Luis IX de Francia decidió participar. Pero esta vez quienes se involucraron fueron los mongoles y, considerando su avance arrollador, el propósito de la cristiandad no sería otro que contener la expansión de los turcos.

Las Cruzadas constituyen uno de los episodios más importantes de la historia de la humanidad. Al ser guerras no sólo sembraron muerte y destrucción sino también odio y fanatismo religioso que permanecerían durante siglos a venir. Desde el punto de vista militar, demostraron ser un fracaso para Occidente. Pero enviaron señales claras del imperialismo europeo. Desde esta última perspectiva, sin disminuir las consecuencias perniciosas del conflicto entre la cristiandad y el islam, es válido aceptar otros resultados económicos y sociales, puesto que el contacto entre Oriente y Occidente abrió nuevas rutas, generó mezclas étnicas y aumentó el comercio.

La Europa medieval, encerrada y oscurantista, dejaría de serlo. En su interior, la burguesía asumiría gradualmente el liderazgo como categoría económica para acelerar su transformación. En el mundo islámico, donde la agresión de Europa occidental había producido conciencia y unidad del espíritu de género, surgiría la supremacía militar turca. Infortunadamente para todos, ese proceso de cambios económicos y sociales también multiplicaría las semillas de la codicia y la ambición.

3. El imperio Otomano, la superpotencia islámica

La ley del péndulo se ponía nuevamente en movimiento con un nuevo avance islámico durante los siglos catorce y quince, representado por los turcos, quienes conquistaron partes de los Balcanes y se tomaron a Constantinopla en 1453, abriendo las puertas para una mayor expansión hacia el occidente.

La nueva superpotencia se conoció como el Imperio Otomano, nombre derivado de Osman, un sultán importante que gobernó entre 1290 y 1326, y organizó el imperio en términos administrativos y militares. Como consecuencia de unas conquistas significativas, el territorio del Imperio se acrecentó considerablemente entre 1290 y 1550. Tracia cayó en 1361 y lo propio sucedió con Sofía y el estado búlgaro en 1380. La gran batalla de Kosovo tuvo lugar en 1389 y la derrota de los húngaros en Nicópolis ocurrió en 1396. Entre todos estos sucesos, la caída de Constantinopla ante el ejército de Mehmed el Conquistador, debe verse como un punto de quiebre en la historia porque representó el fin de Bizancio, el bastión del cristianismo ortodoxo en Oriente y un verdadero muro de contención contra la expansión islámica durante mucho tiempo. La agresión contra el mundo cristiano provenía entonces de los turcos selyúcidas, de raíces mongolas, quienes se habían convertido al islam hacia 956. Pero la causa de todas estas conquistas no radicó solamente en la motivación religiosa sino también en las ambiciones territoriales y políticas. Sin lugar a duda se trataba de una ola de imperialismo turco.

Las conquistas se prolongaron durante el siglo dieciséis. El sultán Selim I conquistó Egipto en 1517 y consolidó el imperio en el Medio Oriente. Otro gran gobernante, Solimán “El Magnífico”, quien gobernó entre 1520 y 1566, lanzó expediciones contra Europa oriental. Su ejército ganó la batalla de Mohacs en 1520, la cual tuvo consecuencias devastadoras para Hungría durante los siguientes 170 años. Hasta quiso capturar a Viena, la capital del Imperio de los Habsburgo.

El Imperio Otomano alcanzó su apogeo y se consolidó como potencia internacional en el siglo dieciséis. “*Quien quiera que ataque a los turcos deberá estar preparado a enfrentarse a sus fuerzas unidas*”, escribió Maquiavelo en “El Príncipe”. Solimán gobernó directamente sobre buena parte del sur de Rusia, Transilvania, Hungría, los Balcanes, Anatolia, Siria, Palestina, Jordania y gran parte de lo que hoy comprende a Irak, Kuwait y las costas occidentales del Golfo, y tuvo una influencia enorme en muchas zonas del mundo musulmán. Sus territorios europeos eran más vastos que España y Francia juntos. Entre tanto, los movimientos cristianos de la Reforma y la Contra Reforma generaron fanatismo y dividieron al continente europeo, sembrando muerte y desolación nunca vistas. La situación de Europa llenó de tanta seguridad a los turcos que su expansión hacia Occidente continuó siendo un punto fundamental de su política exterior.

Pese al inmenso poderío de los turcos y a las contradicciones de Europa, diversas circunstancias empujaron gradualmente al Imperio Otomano hacia su caída. Como dice Alan Palmer “...con el fin del largo reinado de Solimán en 1566, las rivalidades e intrigas de palacio debilitaron el sultanato, el cual perdió parte de su formidable poder como institución militar, aunque la amenaza latente de la invasión otomana no abandonó nunca la mente de los habitantes de Europa central” (WARWICK PALMER, 1994, pág. 9). Los contemporáneos de la época no reconocieron que se trataba de un imperio que se deslizaba hacia su caída sino hasta 1683, cuando el ejército otomano fue derrotado en Viena y quedó entonces claro que el “Gran Turco” no era invencible.

Ya a finales del siglo diecisiete, el Imperio Otomano estaba a la zaga de las potencias europeas en capacidad militar y tecnológica. No obstante, durante dos siglos más continuó siendo la gran barrera del mundo islámico para prevenir las posibles expediciones europeas hacia el Medio Oriente. Los avances europeos se hacían evidentes, especialmente en Gran Bretaña, Francia y Holanda, donde las manufacturas ganaban impulso significativo. La filosofía del mercantilismo multiplicó la creatividad bajo el liderazgo de la burguesía. Si bien caracterizada por brutalidad y barbarie, la Conquista de América generó torrentes de riqueza para Europa.

4. América y la transformación del viejo mundo

Cuando Colón descubrió a América en 1492, el mundo se encontraba en un aparente equilibrio de poder, especialmente considerando no sólo las monarquías europeas y el Imperio Otomano como representantes de la cristiandad y el islam, sino también los imperios precolombinos de las Américas, varios pueblos de África, y Japón, India y China en Asia. El poder político y militar no representaba mayor desequilibrio en el mundo.

Pocos acontecimientos en la historia de la humanidad han tenido tanto significado como la Conquista y la Colonización de América, porque cambiaron el rostro del mundo para siempre. Sus repercusiones políticas y económicas transformaron la mentalidad europea, desplazaron por completo a los valores cristianos, y abrieron el camino hacia un culto creciente a la ambición. Aunque algunos teólogos alzaron sus voces para denunciar los crímenes contra los indios, la barbarie y la explotación continuaron. Con el Tratado de Tordesillas de 1493, las coronas de Portugal y España se dividieron al Nuevo Mundo. La fiebre del oro y la plata esclavizó a millones de indígenas. Tal como dijera un Conquistador *“...vinimos a servir a Dios y al Rey y también a enriquecernos”* (E. SKIDMORE, H. SMITH, & N. GREEN, 2014, p. 15). Pero las monarquías de Gran Bretaña, Holanda y Francia también querían su parte del oro y auspiciaron la piratería para asaltar los barcos españoles que transportaban los metales preciosos. El saqueo era una cultura, una forma de vida. La Reina Isabel I otorgó el título de Lord al renombrado pirata Francis Drake.

No había respeto alguno por los “indios”. El Evangelio y la espada se complementaban. La Conquista significó para ellos una reducción enorme de su población. Algunos académicos calculan que el número de indios ascendía a 75 u 85 millones, asignando 25 millones a los imperios Azteca e Inca. Para 1580, la población se había diezmado en un 70 por ciento. Esta calamidad demográfica es atribuible principalmente a enfermedades como la viruela y la influenza, o al menos es la historia que cuentan los europeos. Pero la realidad fue diferente porque millones murieron en las guerras de resistencia, las cuales fueron muy intensas durante los primeros cincuenta años. Los indios sobrevivientes se vieron obligados a trabajar como mano de obra para los españoles, primero en la minería y posteriormente en las actividades agrícolas. Este holocausto horrendo escasamente se recuerda en la literatura occidental.

La calamidad demográfica se superó con la importación de esclavos de África. Entre 1518 y 1870, la América española importó más de 1,6 millones de esclavos y Brasil compró cerca de 3,7 millones para sus extensas plantaciones de caña de azúcar. Las cifras para Norteamérica y las islas del Caribe son igualmente

impresionantes. Todos los europeos practicaron este tráfico humano oprobioso. La Reina Isabel I “...financió la construcción del ‘Jesus’, el primer barco de esclavos inglés” “...y premió a John Hawkins, principal exponente de la esclavitud, otorgándole las medallas más prestigiosas de la Corona” (B. GELINAS, 2003, p. 5). Los británicos sacaron el mejor partido porque consiguieron el monopolio sobre el tráfico de esclavos después de la Guerra de Sucesión Española. Este es otro crimen provocado por manos europeas.

“*Cuán cerca del Oro, cuán lejos de Dios*” es una expresión que refleja correctamente el comportamiento europeo. Así sucedieron las cosas, porque la sed de sangre y la codicia fueron el credo bajo el cual los Europeos enterraron los principios cristianos. Es obvio que la destrucción o la subyugación de los pueblos indígenas y de muchas tribus africanas construyeron la prosperidad en Europa. Los metales preciosos produjeron fortunas, desarrollaron el sistema financiero, generaron avances tecnológicos y promovieron el comercio.

Los ingleses, holandeses y franceses debilitaron el imperialismo inicial de España y Portugal durante los siglos dieciséis y diecisiete. Ocuparon América de Norte y desafiaron el control de España en el Caribe. Además de la lucha constante por las posesiones en América, las potencias europeas intervinieron en guerras religiosas cruciales. España, principal aliado de Roma, asumió el liderazgo militar en contra del Protestantismo y organizó la Contrarreforma. Pero también estaba en guerra en otro frente, protegiendo al Imperio de los Habsburgo contra los ataques del Imperio Otomano gobernado por Solimán. Todo esto explica en parte el declive de España, puesto que el oro y la plata provenientes de América se utilizaron principalmente para financiar las guerras. No exagera E. Galeano cuando afirma que “...*España tenía la vaca, pero los otros europeos se bebieron la leche*” (GALEANO, 1971, pp. 10-73).

La caída de España comenzó a finales del siglo dieciséis, mientras que Inglaterra y Francia se perfilaban como las nuevas potencias europeas. El comercio interoceánico estableció las bases para un nuevo orden económico, colocando a Europa en el centro de la economía. Esta era del mercantilismo se prolongaría durante 300 años. Gracias al influjo de metales preciosos, “...*el volumen de la fuente de dinero de Europa se multiplicó por diez en menos de cien años y su economía pasó a ser un sistema monetizado*” (B. GELINAS, 2003, p. 4). El saqueo de América construyó la prosperidad de Europa, la cual creció en poder militar, tecnológico e industrial, y también en arrogancia, construyendo para sí un sentido de superioridad racial. Los europeos se creyeron dueños del mundo. Continuaron colonizando y explotando a millones de pueblos indígenas y esclavos africanos sin ningún escrúpulo ético, haciendo total caso omiso de los principios cristianos. A la felicidad se llegaba al parecer gracias a la codicia

y la acumulación de bienes. Esta conducta de los europeos ha representado un costo enorme para la humanidad.

Con respecto al Oriente Medio, esta prosperidad construida sobre el botín incalculable de América, sentó las bases para la ventaja de Europa sobre el Imperio Otomano, protector del islam. Europa contaba no solamente con ingentes recursos agrícolas y minerales sino, lo que es más importante, con un enorme capital humano gratuito. Esta evolución confirmarían la degradación del espíritu cristiano de Europa.

5. Las potencias europeas y el imperio otomano (1650-1900)

Los siglos que vinieron reforzaron esta cultura europea de dominación. El mercantilismo había sido reemplazado en la segunda mitad del siglo dieciocho por el sistema capitalista de producción, basado en la industrialización y en un comercio internacional más sofisticado, bajo el credo atrayente del libre comercio. Los británicos estuvieron a la cabeza del movimiento y construyeron un imperio enorme, pero la mayoría de los europeos se plegaron a ese patrón. La meta común de Europa era aprovecharse de los distintos pueblos de la Tierra y dominarlos militarmente a fin de controlar sus recursos naturales. Se renegó de los valores religiosos porque la violencia y la explotación fueron las características fundamentales de este proceso económico.

Este desequilibrio de poder sirvió de puntal para la prosperidad de Europa. Esta evolución política y económica dejó rezagado al mundo musulmán. Sin embargo, el Imperio Otomano fue un obstáculo para la expansión europea hacia el Medio Oriente hasta la Primera Guerra Mundial. Esta es una contribución de los turcos al mundo islámico. Los primeros indicios de la caída de los otomanos se vislumbraron con el advenimiento al trono del sultán Selim II en 1566 y la derrota en la Batalla de Lepanto en 1571. Después de la derrota en la batalla de Viena en 1683, los sucesos posteriores aceleraron esta tendencia: en 1699, los turcos firmaron el Tratado de Karlowitz en virtud del cual cedieron Hungría a los Habsburgo y la costa del Egeo a los venecianos; en 1718, entregaron con su firma otra parte de sus tierras en Europa; en 1774 perdieron Crimea; y en 1798, Napoleón ocupó Egipto e invadió a Palestina (GOLDSCHMIDT JR & DAVIDSON, 2006, p. 148).

Dicho eso, ¿cómo podría el Imperio Otomano erigirse en barrera contra el imperialismo europeo? La respuesta se encuentra en las rivalidades intestinas de los europeos, las cuales jugaron a favor del Imperio. Las grandes potencias del siglo diecinueve - la Rusia zarista, los Habsburgo en Austria, Gran Bretaña

y Francia - desarrollaron políticas diferentes para el Medio Oriente, de acuerdo con sus intereses. Veamos cuáles fueron.

Las tensiones entre Rusia y el Imperio Otomano fueron frecuentes y obedecieron a tres causas principales: en primer lugar, el expansionismo ruso hacia el sur tuvo que ver con las condiciones geográficas del país. Los ríos habían sido muy importantes para la economía rusa, pero los que fluyen hacia el norte suelen estar cerrados por el hielo la mitad del año. Por tanto, Rusia necesitaba el Mar Negro como salida de aguas tibias para el comercio. Pedro el Grande lanzó varias guerras contra el Imperio Otomano a fin de asegurar el acceso de Rusia al Mar Negro y ya para mediados del siglo diecinueve, ese mar prácticamente les pertenecía a los rusos. En segundo lugar, las diferencias religiosas también crearon tensiones porque, para los rusos, Constantinopla era una “Segunda Roma”, una joya de la Iglesia Ortodoxa. Cuando Constantinopla cayó en poder de los rusos, Rusia se convirtió en el más grande de los países Ortodoxos y declaró a Moscú la “Tercera Roma”. Lo que es más importante, la madre Rusia se consideró mejor protectora de los serbios, búlgaros, albaneses, rumanos y griegos que buscaban liberarse del mando musulmán. En tercer lugar, los rusos desarrollaron posteriormente el argumento étnico, señalando todas las cosas que tenían en común con muchos de los súbditos del sultán en los Balcanes, puesto que todos eran eslavos.

El Imperio Habsburgo, uno de los rivales de Rusia, tuvo fronteras directas con las tierras otomanas en el sur de Europa desde el siglo quince hasta el siglo diecinueve. Tras arrebatarles Hungría a los otomanos en 1699, los austríacos aspiraban avanzar por el Danubio hasta el Mar Negro y también hacerse con el control sobre Croacia, Bosnia y Serbia. Aunque los intereses comerciales eran la principal motivación, había también un sentimiento derivado de las viejas tradiciones de las cruzadas contra los turcos musulmanes. Austria apoyó los movimientos independientes de los pueblos de los Balcanes durante el siglo diecinueve y en 1878 asumió el control militar sobre Bosnia y Herzegovina, regiones con amplias poblaciones musulmanas y cercanas a Serbia geográficamente. El gobierno de los Habsburgo en esas regiones se vio socavado por los nacionalistas serbios, situación que llevó al asesinato en Sarajevo del heredero al trono de Austria y que se convirtió en la chispa que encendió la Primera Guerra Mundial.

Los intereses británicos en el Medio Oriente evolucionaron desde el siglo diecisiete hasta el siglo diecinueve. Tras consolidar su imperio en Asia a raíz de su victoria sobre Francia en la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña se perfiló como una verdadera potencia naval, imperial e india. Garantizar la seguridad del transporte marítimo hacia la India se convirtió en uno de los intereses primordiales de los británicos. Durante mucho tiempo, puesto que la ruta era por Sudáfrica,

Gran Bretaña escasamente pensó en el Imperio Otomano y hasta apoyó algunos de los intentos expansionistas de Rusia. Pero con la derrota de Napoleón y con la nueva capacidad del barco de vapor que hizo más rápido el transporte de personas y mercancías a través de Egipto, los británicos modificaron su política hacia el Imperio Otomano por considerarlo el mejor guardián de sus rutas hacia la India, y no tardaron en comprometerse con la defensa del Imperio, especialmente en contra de Rusia. La mejor prueba de ello fue la Guerra de Crimea (1853-1856). Con la excusa de asegurar sus rutas hacia la India, Gran Bretaña ocupó a Chipre en 1878, invadió a Egipto en 1882, y se apoderó gradualmente del control del Canal de Suez.

Por su parte, Francia fue país amigo del Imperio Otomano durante mucho tiempo. La fuerte rivalidad entre Francia y Austria llevó a una alianza entre los franceses y los turcos. Durante muchas décadas fue común ver comerciantes franceses en los puertos otomanos y cuando los turcos necesitaban expertos militares o navales, generalmente volvían sus ojos a Francia. Pero las cosas cambiaron cuando Napoleón invadió a Egipto, provocando la reacción de británicos y otomanos por igual. Después de la derrota de Francia, un aventurero militar de nombre Mehmet Ali asumió el poder en Egipto, construyó un ejército fuerte y arrebató Siria a los otomanos en 1831. Los franceses lo apoyaron, provocando la ira de los otomanos. Después vino la historia del Canal de Suez, cuya construcción se había encargado también a los franceses. Después de su inauguración en 1869, los británicos no tardaron en convertirse en el usuario principal y en comprarle acciones al gobierno. Sin embargo, Francia mantuvo su influencia en el mundo musulmán, conquistando una gran parte del norte de África.

Estas contradicciones entre Austria y Rusia, Gran Bretaña y Francia, Rusia y Gran Bretaña, y otras por el estilo, explican porqué, pese a su debilitamiento gradual, el Imperio Otomano pudo seguir siendo un muro de contención contra el expansionismo europeo en el Medio Oriente.

6. La partición de África y los efectos en el Medio Oriente

Entre 1870 y 1914, las potencias rivales europeas se dividieron la totalidad de África, dejando solamente a Liberia y Etiopía libres de gobiernos extranjeros. Impulsados por la codicia, los europeos esclavizaron nuevamente a los africanos. Los valores cristianos se dejaron de lado para saquear el continente donde vio la luz la humanidad. Sobre el África cayó como una plaga un período pernicioso de violencia, expoliación y muerte. Hasta el día de hoy, este crimen de proporciones inmensas sigue sin resarcimiento.

Las motivaciones principales de esta invasión fueron económicas porque África se convirtió en fuente vital de materias primas y en un mercado prácticamente desaprovechado para los bienes terminados durante la segunda revolución industrial europea. Otras razones de menor peso fueron el “prestigio” asociado con la posesión de territorios de ultramar y las ambiciones particulares de los estadistas y diplomáticos. África desempeñó también un papel importante como continente estratégico a nivel geopolítico. Pero independientemente de las excusas, el saqueo de África no podía tener ninguna justificación por tratarse de un acto marcado por el derramamiento de sangre y el terror. ¿Dónde estaban los códigos de moral? ¿Dónde estaban los valores cristianos?

Esta nueva oleada imperialista aumentó todavía más la ventaja de los europeos sobre el mundo islámico, en particular sobre el Medio Oriente, donde el Imperio Otomano no pudo frenar su lenta agonía. Europa mantenía su riqueza con la extracción de minerales y la producción agrícola basada en la mano de obra gratuita. El proceso, semejante al experimentado en las Américas durante la época de la colonización, se desarrolló con las herramientas tecnológicas de las recientes revoluciones industriales.

Los pueblos del Norte de África habían abrazado la fe musulmana desde hacía siglos. Todas sus tierras estaban ocupadas por ejércitos europeos, y los colonizadores franceses, británicos, holandeses, españoles, portugueses se beneficiaban del dominio político y explotaban a los nativos. La subyugación y la resignación parecían ser los nuevos patrones. En los casos en que brotaba la resistencia, era sofocada con masacres o genocidios. Walter Rodney, el académico y activista guyanés asesinado trágicamente por autoridades del estado en 1980, ofrece un resumen extraordinario de este período vergonzoso en su libro *“How Europe underdeveloped Africa” (De cómo Europa llevó al África al subdesarrollo)*. Igualmente importante es el libro de Marc Ferro titulado *“Le Livre Noir of Colonialism” (El libro negro del colonialismo)*.

7. El tratado de Versalles y el Medio Oriente

La Primera Guerra Mundial fue devastadora para todas las naciones involucradas. Se ha calculado que las pérdidas per cápita para el Imperio Otomano y Persia estuvieron entre las más altas de las sufridas por todas las naciones afectadas por la guerra. Según James Gelvin, *“...mientras Alemania y Francia perdieron, respectivamente, cerca de 9 y 11 por ciento de sus poblaciones como consecuencia de la guerra, las pérdidas de los otomanos se calculan en cerca del 25 por ciento, aproximadamente cinco millones de una población de veintiún millones”* (L. GELVIN, 2005, p. 1). Esto comunica una clara idea del sufrimiento

y las consecuencias trágicas para los habitantes de la región. En lo que se refiere a las posesiones territoriales, antes de la guerra el Imperio Otomano controlaba no solamente Anatolia, el Levante y Mesopotamia, sino también Egipto, partes de Arabia y una pequeña franja en el norte de África. Pero los abusos de los otomanos habían engendrado resentimiento e ira, de manera que muchos árabes y otros pobladores del Medio Oriente pelearon contra los turcos durante la Primera Guerra, con el apoyo de los británicos. Después de la guerra, el Imperio Otomano fue desmantelado totalmente para crear nuevos estados ficticios conforme a los intereses europeos.

Los perdedores europeos, en particular Alemania y Austria sufrieron un fuerte castigo representado en la mengua de sus territorios, las reparaciones económicas y múltiples restricciones en cuanto a armamento y recursos naturales. Con respecto al Oriente Medio, las consecuencias más perniciosas se derivaron del nuevo mapa político estructurado por Francia e Inglaterra haciendo total caso omiso de las poblaciones de los nuevos estados al crear todo un mosaico de veinte naciones. El Tratado de Versalles alejó todavía más el sueño de una nación árabe o panislámica. Las tierras que le habían pertenecido al Imperio Otomano durante 400 años se convirtieron en mandatos franceses o británicos.

Examinemos los principales pasos previos para el documento final. Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, deseaba que los aliados construyeran una paz duradera una vez finalizada la guerra. Elaboró sus catorce puntos en los cuales denunciaba a las sociedades secretas e instaba a la autodeterminación de todos los pueblos, incluidos los que habían vivido bajo el control otomano, y proponía la creación de la Liga de las Naciones. Pero Francia y Gran Bretaña, los aliados que habían puesto la mayoría de los muertos, estaban decididos a dictar las condiciones de la paz. Las potencias vencidas, a las cuales no se les permitió participar en las conversaciones, se presentaron solamente a firmar el tratado. El movimiento Sionista, apoyado por Gran Bretaña, fue representado hábilmente por Weizmann. En medio de ese ajedrez político, no era fácil conciliar los intereses de los árabes, sionistas, británicos y franceses en el Medio Oriente. Wilson trató de transar, pero los franceses y los británicos superaron sus diferencias, de manera que los territorios asiáticos y africanos arrebatados a Alemania y Turquía quedaron bajo una relación de tutela de una Gran Potencia, denominada “El Mandatario”. En pocas palabras, Siria y Líbano quedarían bajo el control de Francia, mientras que Gran Bretaña controlaría a Irak y Palestina, incluido el territorio de lo que hoy es Jordania.

Los franceses no sentían simpatía alguna por el nacionalismo árabe, por lo cual trataron de dividir a Siria en unidades más pequeñas como Líbano, Alejandreta y el estado *alawita* en el norte, y el estado *druso* en el sur, además

de las ciudades estado de Damasco y Aleppo. Los británicos tenían una posición ambigua frente al nacionalismo árabe y apoyaron a la familia Hashimita hasta la rebelión de Husain y en particular su negativa de firmar los tratados de Versalles y de Sevres. Estas actuaciones provocaron la ira de los británicos en su política hacia Arabia, de manera que no hicieron nada cuando la familia Saud asumió el control de Hijaz en 1924. Todos estos resultados engendraron frustración porque los árabes, en general, lamentaban el domino extranjero. Como nos lo recuerda Goldschmidt, *“deseaban gobernarse a sí mismos, pero en lugar de unirse, se vieron cada vez más distanciados. Hasta una de sus zonas, Palestina, fue declarada hogar nacional de los judíos, poniendo en duda el futuro de sus habitantes árabes”* (GOLDSCHMIDT JR & DAVIDSON, 2006, pg. 210). En otras palabras, los árabes pasaron de estar bajo el dominio de sus congéneres, los turcos otomanos musulmanes, a ser gobernados por Occidente. El poder de Francia y Gran Bretaña, junto con la legitimación de los deseos de los sionistas para Palestina, engendraron en los árabes musulmanes un sentimiento de humillación y traición. Las raíces del actual conflicto entre Palestina e Israel se pueden encontrar en la Declaración de Balfour de 1917, la cual creó una zona de asentamiento judío en el mandato de Palestina.

El Tratado de Versalles significó una frustración total para el mundo árabe musulmán. Durante el siglo veinte no hubo una sola nación islámica que surgiera como potencia en el ámbito internacional. Fueron necesarios el nacionalismo de Nasser y el triunfo sobre Gran Bretaña y Francia en Suez en 1956, y la eliminación de la dinastía Hashemita manejada por los británicos en 1958, para que los árabes sintieran que se habían sacudido la dominación colonial. Turquía se formó a partir de los restos del Imperio Otomano como país deseoso de ingresar a la Unión Europea en lugar de buscar la integración con sus hermanos islámicos. Las heridas dejadas tras 400 años de dominación obviamente obstaculizan esa posibilidad.

Entonces llegó el petróleo, la fuente de energía más importante en el mundo de hoy, convirtiéndose a la vez en tesoro y tragedia para el Medio Oriente. Las potencias europeas y la naciente superpotencia, Estados Unidos, se lanzaron a conseguir el control estratégico de los gobiernos del Oriente Medio a fin de asegurar sus intereses económicos en la zona, creando todavía más división. Arabia Saudita posee ella sola el 25% de las reservas de petróleo del mundo.

Conclusiones

El Segundo Milenio, el cual comenzó con una ventaja relativa del Islam sobre Occidente, dio un giro radical a partir de la conquista de América por los europeos, la cual les permitió cimentar un desarrollo económico mercantilista,

precursor del capitalismo y del libre comercio. Violando todos los principios cristianos, Europa subyugó pueblos, dominó al mundo y se enriqueció. Los valores materiales se impusieron gradualmente sobre los espirituales, de manera tal que la idea de la acumulación sin límites se convirtió en el sueño de la vida. El siglo veinte, caracterizado por un avance tecnológico impresionante que multiplicó la producción y creó unas nuevas necesidades materiales incesantes, aceleró esta evolución. El culto del consumismo liderado por la civilización Occidental parece ser la senda a la felicidad. Pero algunos pueblos, como la China, se niegan aceptar al dios “consumo”, aunque producen para que otros aumenten el culto. Es como la venganza por el período del opio. Pero en términos generales, el mundo dependiente, es decir, un gran número de países de África, América Latina, el Caribe y Asia, sigue el dogma de la aculturación Occidental. Las naciones islámicas del Oriente Medio, pese al punto de vista crítico y enriquecedor del islam con respecto a la propiedad, no son ajenas a esta tendencia. La enorme riqueza petrolera, en lugar de facilitar la independencia, deteriora la situación.

En pocas palabras, vivimos bajo la consigna de “tener y no ser”. Occidente ha marginado la grandeza de los principios cristianos y ha condenado a las finanzas y la solidaridad social a ser incompatibles. “En Dios confiamos” señala el dólar, expresión de la economía más rica del planeta. Pero en el mundo, 2.800 millones de personas, casi la mitad de los habitantes del planeta, se ven obligados a vivir con menos de dos dólares al día; 1.400 millones no tienen acceso al agua potable; 1.100 millones carecen de vivienda digna; y 49 de los países menos avanzados, donde viven la mayoría de los pobres, están en la bancarrota técnica debido al endeudamiento de los estados. Cómo poner fin a tanto infortunio es el gran desafío para el Tercer Milenio.

Referencias

- ASBRIDGE, T. (2004). *The First Crusade: A New History: The Roots of Conflict between Christianity and Islam*. USA: Oxford University Press.
- B. GELINAS, J. (2003). *Juggernaut Politics: Understanding Predatory Globalization*. London ; New York: Zed Books.
- CATHERWOOD, G. (2006). *A Brief History of The Middle East*. New York : Carroll & Graf Publishers.
- E. SKIDMORE, T., H. SMITH, P., & N. GREEN, J. (2014). *Modern Latin America. 8th Edition*. Oxford University Press.
- GALEANO, E. (1971). *Las venas abiertas de America Latina*. Uruguay: Monthly Review.

GOLDSCHMIDT JR, A., & DAVIDSON, L. (2006). *A Concise History of the Middle East*. Boulder, CO, United States: Avalon Publishing.

L. GELVIN, J. (2005). *The Modern Middle East*. USA: Oxford University Press.

PHILLIPS, J. (2005). *The Fourth Crusade and the Sack of Constantinople*. Penguin Books.

WARWICK PALMER, A. (1994). *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*. London, United Kingdom: FABER & FABER.